

ALINA NOT

*Fin de  
gira*

CROSS  
BOOKS

ALINA NOT

*Fin de  
gira*

CROSS  
BOOKS

CROSSBOOKS, 2023  
crossbooks@planeta.es  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: María Pascual Alonso, 2023  
© Editorial Planeta S. A., 2023  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: noviembre de 2023  
ISBN: 978-84-08-27904-4  
Depósito legal: B. 18.369-2023  
Impreso en España

Canciones del interior:

Pág. 149: *There's Nothing Holdin' Me Back*, © Sony /atv Ballad, Tg Worldwide Publishing, Big Deal Beats, Universal Music Works, Gerty Tunes, Mendes Gmr Music, Hipgnosis Beats. Escrita por Teddy Geiger / Scott Harris / Shawn Mendes / Geoff Warburton e interpretada por Shawn Mendes.

Pág. 443: *Don't You Go* © BMG Rights Management, Kobalt Music Publishing Ltd. Escrita por Alexander Gaskarth / John William Feldmann / Nicholas Furlong.

Pág. 210: *Perfectly Perfect* © Wb Music Corp., So Happy Publishing. Escrita por Tom Higgenson / Ryan Stewart.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# 1

## Nuevos comienzos

El póster de la última gira de Shawn Mendes que he colocado en la pared de mi nuevo cuarto se despegó por la esquina superior derecha por tercera vez consecutiva, dejando ver la mancha de humedad que estoy tratando de ocultar con él. Soplo para apartarme un mechón de pelo que ha escapado de mi moño improvisado y me hace cosquillas en la nariz, y lo doy por imposible. No hay suficiente *merchandising* de Shawn en el mundo para disimular todos los desperfectos de mi primer hogar de verdad, por desgracia.

Sé lo que parece, pero, en realidad, estoy bastante contenta con el inicio de mi nueva vida. Tener una casa en la que pasar más de un par de semanas cada seis meses es un sueño hecho realidad. Y la casa podría mejorarse, sin duda, pero el hecho de colocar mi ropa en un armario y una cómoda, en vez de tenerla en esas maletas en las que me había acostumbrado a guardarlo todo, ya me hace emocionarme. Tampoco es que tenga muchas cosas. Cambiar de país cada dos o tres días cuando tu padre está en plena gira mundial no te permite acumular demasiado; te hace ser práctica. Mi madre nunca aprendió esa lección, a pesar de haberse pasado veinte años dando vueltas por el mundo detrás del que pensó que

sería por siempre el amor de su vida, y sigue teniendo montones de cosas repartidas entre la casa de Los Ángeles y la de Santorini. Puede ser porque ella sabía lo que era tener un hogar permanente, donde poder guardarlas. Yo eso no lo tuve nunca. Incluso cuando papá estaba grabando nuevo material no dejábamos de ir de un lado a otro: de Los Ángeles a Nueva York, a Londres, o al estudio de Dublín. Así no hay manera de acumular pertenencias. Tengo un *e-reader*, un iPad y un iPhone. Una chica de dieciséis años no necesita más, es ahí donde está mi vida entera.

El sonido del timbre me saca de mis pensamientos y hace que vuelva la cabeza instintivamente hacia el lugar de donde proviene. La casa no es muy grande, mis abuelos tuvieron una única hija —y creo que un perro, también—, y vivieron siempre en esta casita de una planta al sur del pueblo. Tiene tres habitaciones —aunque una parece más un armario—, un baño, la cocina y el salón comedor. Y la mía es la habitación más cercana a la puerta de entrada, situada justo después de atravesar el salón, pero oigo los pasos de mi madre corriendo desde la del fondo, la que solía ser de sus padres, para ser ella quien abre la puerta.

Reconozco las voces chillonas. Me las imagino a las tres saltando y agitando las manos mientras sueltan grititos emocionados, como hacen en las videollamadas cuando se cuentan alguna noticia emocionante. Las mejores amigas de mi madre no han tardado ni una hora en aparecer por aquí desde que hemos llegado. Eso es algo que siempre le he envidiado: nunca han dejado de hablar, ni un solo día. Yo siempre he querido tener una amiga así. De esas a las que les cuentas todo. De esas a las que llamas para hablar de cualquier tontería. De esas que se sientan a tu lado y te dejan apoyar la cabeza en su hombro en silencio si has tenido un mal día, o si algún idiota te ha roto el corazón.

—¡No me puedo creer que estés aquí, Katie!

La exclamación de Amanda, con el tono un par de octavas por encima de lo que es normal en ella, es la primera cosa con sentido que oigo desde que ha sonado el timbre.

—Yo tampoco —suspira mi madre.

No parece tan contenta como corresponde a un reencontro como este, aunque lo entiendo y apuesto a que ellas también. A mi madre un idiota le acaba de romper el corazón. Pero, al menos, ella tiene un par de hombros sobre los que llorar.

—Menudo gilipollas, chica —suelta Nicole, la amiga más directa y sincera de mamá—. Te lo dije desde que apareció por aquí para subirse a un escenario con ínfulas y una maldita guitarra. ¿Sabes qué?, lo único bueno que has sacado de él es Zoe. Y, por muy cruel que suene, me alegro de que por fin te hayas dado cuenta de cómo es de verdad, porque eso te acaba de traer de vuelta a casa.

—Nicky... —trata de apaciguar Amanda.

—No me sermonees con tu «Nicky...» —la imita—. Aquí pensamos todas igual, ¿o no, Kate?

—Me alegro de verte.

La voz de mi madre suena amortiguada y sé que es porque se están abrazando. Yo clavo la mirada en la funda negra que guarda la guitarra que he traído conmigo. «Ínfulas y una maldita guitarra.» Esta es la guitarra de la que habla Nicole. La primera guitarra de mi padre. Me la regaló cuando me enseñó a tocar.

—¿Dónde está la peque?

Tengo casi diecisiete años y debería molestarme que Amanda se refiriera a mí como «la peque», pero lo cierto es que no me molesta en absoluto. Me gusta que alguien hable de mí con ese cariño.

Salgo del cuarto y en solo dos pasos ya estoy frente a las

tres mujeres que aún siguen en el marco de la puerta abierta. Sonríe en cuanto cuatro ojos conocidos se clavan en mí. Mamá se gira para mirarme también.

—¡Cariño! —Amanda es la primera en dar tres zancadas largas y envolverse en un abrazo cálido. Cierro los ojos al aspirar el aroma de su perfume. Mi primer recuerdo de la mejor amiga de mi madre es precisamente este olor afrutado—. Mírate, estás guapísima —piropea, y me pone los brazos en los hombros para apartarme hacia atrás y mirarme de arriba abajo—. Ya eres toda una mujercita, madre mía.

Me gusta que diga eso. No es como si llevara años sin verme. Bueno, sí, lleva años sin verme en persona, pero hasta hace poco mi madre me obligaba a asomarme a la cámara y saludarlas en todas y cada una de sus llamadas.

—¡Zoe! ¿Qué has hecho con tu pelo?

Suelto una risita cuando Nicole coge entre los dedos un par de mechones ondulados que escapan del moño.

—Me he teñido.

A mi madre casi le dio algo cuando hice desaparecer el tono rubio oscuro de mi pelo y lo cubrí de color chocolate hace cuatro días. Aún estoy acostumbrándome a mi nueva imagen, pero la verdad es que me gusta más así. Pega más conmigo. Creo que mamá se lo tomó como un acto de rebeldía y la reacción propia de una adolescente a la que sus padres acaban de decirle que se divorcian y que tiene que coger sus cosas para volar a Estados Unidos en cuanto a su madre se le pase la resaca de Navidad.

Nicole me da un toqucito suave con el dedo índice en el pequeño aro de plata que llevo ceñido a la parte izquierda de la nariz.

—Te queda genial el nuevo *look* —alaba, y me guiña un ojo.

Me dejo abrazar por ella también y clavo la vista en mi



madre, que nos mira a espaldas de su amiga con expresión enternecida. Ni siquiera piensa protestar porque Nicky no critique que llevo demasiado maquillaje alrededor de los ojos, como hace ella cada vez que me ve así. Creo que no quiere decir nada delante de sus amigas, porque, entonces, le recordarían que a mi edad ella era mucho peor que yo. Lo sé. He visto las fotos. Lo cierto es que creo que mi nuevo color de pelo y mi habitual ahumado alrededor de los ojos, que no dejo de llevar desde hace cosa de año y medio, resaltan el color azul de mis iris, y esa es la única cualidad que me gusta de todas las que haya podido heredar de mi padre. Más me vale aprovecharla.

—¿Qué tal el viaje? ¿Y la llegada? ¿Te gusta la casa?  
—pregunta Amanda, sin darme tiempo a responder una pregunta antes de soltar la siguiente.

—Pues... sí, la verdad es que sí.

Sinceramente, la casa está hecha un desastre, pero es *mi* casa. Y solo por eso ya me encanta. Cualquier cosa sería mucho mejor que un montón de aviones y ese autobús de las giras.

—¡Venga ya! Esta casa está hecha un asco —opina Nicky, sin medir sus palabras, y suelta una carcajada—. No hace falta que te hagas la educada con nosotras, niña, es vieja y lleva abandonada bastante tiempo. Pero eso no es nada que no podamos arreglar.

Extiende el brazo derecho hasta mi madre y entiendo que esas palabras iban mucho más dirigidas a ella que a mí. Mamá se acerca y la coge de la mano, dándole un apretón. Casi parece que va a emocionarse y soltar una lagrimita, pero se contiene.

—Mañana mismo mandaré a Josh a revisaros la instalación eléctrica, para asegurarnos de que no os va a dar ningún problema. —Amanda ofrece a su marido como manitas.



Coge la otra mano de mi madre y yo casi me siento incómoda. Es como si estuviera aquí metiéndome en este momento que debería ser solo de ellas tres.

—Todo va a ir bien —dice Nicole.

—Sí —la apoya la otra—, y, aunque ahora sea duro, te aseguro que este va a ser un buen cambio, Katie. Esto es bueno para Zoe, de verdad que sí; tiene dieciséis años y debería tener estabilidad y una rutina y poder relacionarse con chicos y chicas de su edad. Sé que has cuidado muy bien de ella, que no le ha faltado de nada, y es obvio que es una chica extraordinaria, pero sabes de lo que te hablo, ¿no? Dar tumbos por el mundo no es lo que debería estar haciendo una adolescente.

Estoy a punto de intervenir, porque están ahí, hablando de mí como si yo no estuviera delante. No es que pueda reprocharle a Amanda sus palabras. Me encantaría poder relacionarme con gente de mi edad, hacer cosas que hacen los adolescentes en un lugar pequeño como este, llevar una vida *normal*. Eso es lo que quiero. También es por eso por lo que he convencido a mi madre en el largo vuelo desde Sídney para que me matricule en el instituto, aunque el curso ya esté empezado. Ella quería seguir manteniendo mi educación en casa, con esos profesores a los que mi padre paga grandes sumas de dinero por ello. Pero yo no quiero hacer eso. Yo quiero hacer lo que todos: estudiar como el resto, saber lo que es sentarte en una clase con un montón de gente y poder esconder la mirada y encogerte en la silla para que el profesor no te pregunte a ti. No es que la novedad no me ponga nerviosa, claro, pero no es por las clases, sé que voy bastante por delante de lo que se estudia en el penúltimo curso del instituto. Es la gente. No sé si sabré cómo hacerlo.

—¿Sabes qué? —llama mi atención Amanda—: Deberías conocer a Peter.

Cambio el peso de un pie al otro. Me he alterado de repente solo con escuchar el nombre de su hijo. ¿Y si no sé ni qué decirle? ¿Cómo se supone que tengo que comportarme?

—Sí, supongo que sí. Es una gran idea —habla mamá por mí, y me mira mientras se pasa la punta de la lengua por el labio inferior, que es lo que siempre hace cuando está nerviosa o indecisa.

Sé que está preocupada por mí. Por cómo me sienta yo con todo esto y por cómo me adapte a la nueva situación.

—¡Claro que sí! —exclama Nicole, encantada con la idea—. Es perfecto, Katie. Peter tiene solo un año más que ella, van a ir al mismo instituto y puede presentarle a sus amigos, así no será tan violento para ella el primer día de clase.

—Decidido —se une Amanda—. Mañana por la noche os venís a cenar a casa. Vamos a celebrar la llegada de un nuevo año y una nueva vida.